

Cuento de pulpos

SANTIAGO GENOVÉS

En medio del Atlántico. Sobre una mínima balsa. Mal mar. Solo. Apartado. Perdiendo la cabeza. Escribo: "Aquí solo, ¿qué hago? Me estoy aventurando pues el hombre es un animal social. Por más que me entienda, lo que hace falta es comprender a los otros, a los otros..."

¡Zas! Algo golpea pluma y papel. Van al mar. Es el tentáculo de un pulpo gigante. Es "Kraken", como dicen los nórdicos. Lo que más se teme en la mar, después del mar, está ahí. Un ojo grande, más chico el otro.

—¿Para qué escribes?— oigo.

Estoy helado. El tentáculo me sujeta por la cintura. Fuerte, tenso y tan sólido como el acero.

—No temas, nada malo te voy a hacer. Te sujeto para que no caigas. Olvidaste ponerte el cinturón de seguridad. Yo soy tu cinturón.

Me voy calmando.

—Antes, mucho, muchísimo antes de que el primer hombre entintara el primer papel, ya lo habíamos hecho nosotros. Nosotros. De nada nos sirvió.

Balbuceo: —Pero es que el hombre lo hace para fijar su pasado. Es la forma de transmitir, de dejar emociones, vivencias, conocimientos...

—Tonterías. Yo solo poseo más tinta que todas las plumas del mundo.

Con precaución interrumpo: —Plumas... Plumas... Sí, comenzamos a escribir quitándoles a las aves las plumas. Para volar en la escritura.

—Bien sabes que todo lo que vive en la mar vuela. Sin escribir nada. Como las aves. De arriba abajo.

¡Zas! Me lanza su tinta y quedo totalmente entintado.

—De nada vale escribir. Hay que vivir. ¡Vivir! y no dejar la vida en unas hojitas.

Entre duda y certeza: —Pero es que...

—No hay pero que valga. Pluma que valga. Tinta y tintero que valgan. Libro que valga. El gozo que yo experimento subiendo y bajando, volando, jamás lo tendrás meramen-

te escribiendo. Yo fui, o más bien, mis bis, bis, bisabuelos, fueron tinta. La lanzaron por todo el mar. ¿Ves algo? ¿Ha quedado algo de ellos?

Tonta, automáticamente, vocalizo un "No".

—Vive tu balsa. Tú. A nadie le interesan tus emociones. Ahora. Aquí. Lee. Disfruta. Vive. Canta. Lloras. Nadie, leyéndote en su casa, por más bien que lo digas, podrá jamás —si es que te leen— saber, ser, estar, vivir, lo que tú sabes, eres, estás, vives. Nadie.

—Entintándome. Está entintándome. Entintando. Entintándome de ti— me oigo murmurar.

—No tenéis solución. Ahora habéis inventado las computadoras. Guardan, almacenan, interrelacionan datos. ¡Vida, nunca! Yo soy la tinta— ¡zas! y la arroja, con gran fuerza, sobre un tiburón que se acerca.

—Con la tinta hago huir. Nadie se me acerca. Al contrario. Nadie se te acercará por más tinta que derrames.

Se aproxima otro pulpo, aún más grande. Es un macho. Se acarician mutuamente. Los tentáculos ya no son tentáculos. Son amor entrelazado. Él me mira con el ojo grande; ella con el chico. Me suelta. Acariciándose se van hundiendo. Los voy perdiendo de vista. No son dos. Son uno.

—¡Así quiero ser yo, como vosotros!— grito con toda mi desesperada voz.

Sobre la superficie del agua se rompe una gran burbuja.

—Entrelázate, no entintes— suena en el aire.

La burbuja está rodeada de un gran círculo de tinta. Más azul que el mar. Me quedo mirando cómo va disolviéndose, poco a poco. Pronto no queda más que el mar. De un solo azul. ¿Llegaré a tierra? Poco importa. Ya entendí.

Llego a tierra. Unos ojos azul claro me esperan. Me toman de la mano. Le cuento. "Escribeme lo". Sólo para ella, para nosotros, escribo esto. Volvemos al mar. Nadamos. El tentáculo de un pulpo nos acaricia. Somos tres y somos uno. Volando en la mar. ♦